

# AMEN

Una publicación del **Instituto Nacional Hispano de Liturgia**

Año 18

Spring-Summer 2005-11-15

Número 2

## **A message from the President**

Dear Members and Friends of the Instituto:

As the season of Fall is upon us we not only experience the natural transformation around us but our own transformation in God's love and life. Thus, we acquire a new impetus to serve Him in our diocese and parishes and, definitely, in the work of our Instituto. We have prayed with and been in communication with those areas afflicted by Katrina and Rita, particularly Louisiana and Mississippi, and have participated in the efforts to assist its citizens. At these times of crisis we all need to experience and share God's compassionate touch to the many who have suffered and are still suffering.

I have enclosed an article in this issue which summarizes our Membership Meeting in Atlanta this past August. I am grateful to Mr. Alejandro Aguilera of the Secretariat for Hispanic Affairs for moving those members present through a process of evaluating the Instituto in the present and in the future. The results were positive and aim enhancing our involvement in the organization for the good of all. During the meeting we prayed for Ron Cruz' mother-in-law whose death prevented him from joining us at this time.

I salute you at the closing of this Year of the Eucharist and pray with you that the awareness of Christ's permanent presence in our midst as nourishment and strength will serve to make of us all vessels of that same nourishment to those in need.

Looking forward to counting on your support, I remain,  
In Christ and Our Lady,

Queridos miembros y amigos del Instituto:

En este tiempo de Otoño presenciamos más que la transformación de la naturaleza que nos rodea el cambio interno de nuestro corazón que se renueva por el amor de Dios y por la vida que nos concede día tras día.

Dicha transformación nos motiva a servir mejor al Señor en nuestras diócesis, comunidades de trabajo y en el propio Instituto de Liturgia.

Hemos orado por las víctimas de los huracanes Katrina y Rita y nos hemos comunicado con algunos de aquellos que han sufrido su paso.

En estos momentos de crisis todos estamos llamados a traducir el dolor de nuestro prójimo en un canto de esperanza al comprometernos a atender sus necesidades.

He incluido en esta edición de AMEN un resumen de nuestra junta de miembros del pasado mes de agosto.

Agradezco enormemente a Alejandro Aguilera del Secretariado Nacional de Asuntos Hispánicos por su participación y su dirección en el proceso de evaluación que nos ha ayudado a todos a proyectar la labor del Instituto hacia el futuro. Los resultados han sido muy positivos.

Durante la junta también encomendamos de una manera especial a la suegra de Ron Cruz, cuyo fallecimiento impidió que él se uniese a nosotros en la junta anual.

Los saludo en este mes que concluye el Año de la Eucaristía y les invito a que oremos juntos para que la presencia permanente del Señor Jesús, nuestro alimento y sostén, sirva para transformarnos en vasijas de barro que compartan este mismo alimento divino con los que más lo necesitan.

En Cristo y María de América,



Rev. Juan J. Sosa, Presidente

# Una guía para redescubrir la misa

## Entrevista al padre Juan Javier Flores Arcas, osb

Comprender las partes de la misa lleva a redescubrir la Eucaristía. Con esta constatación, el presidente del Pontificio Instituto Litúrgico de Roma, el padre Juan Javier Flores Arcas, benedictino, explica en esta entrevista las partes de la misa y las peculiaridades de la celebración eucarística dominical.

*¿Cuál es la estructura de la misa?*

P. Flores: La misa consta de dos partes, la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre sí que constituyen un solo acto de culto. Una doble mesa precedida de unos ritos de entrada y de los ritos conclusivos, como apertura y conclusión de la celebración. La Mesa de la Palabra de Dios prepara para la Mesa del Cuerpo de Cristo y ambas mesas a la vez e inseparablemente constituyen la Eucaristía o Cena del Señor. La Palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia de la Palabra conduce al sacrificio, al memorial y al banquete, es decir, a la Plegaria Eucarística, que es el centro de la segunda parte de la misa, que es la Mesa o liturgia eucarística.

*¿Cómo se desarrolla la liturgia de la Palabra?*

P. Flores: En la liturgia de la Palabra se anuncia y se proclama lo que se renueva en la liturgia de la Eucaristía; por lo tanto la celebración de la misa, en la cual se escucha la Palabra y se recibe y ofrece la Eucaristía, constituye un único acto de culto («Sacrosanctum Concilium», n. 56) en el cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se confiere al hombre la plenitud de la redención.

El Jueves Santo de 2000, Su Santidad Juan Pablo II aprobó la revisión de la «Institutio Generalis Missalis Romani», popularmente conocida como la Instrucción General del Misal Romano. Esta nueva revisión

reemplaza la edición de 1975 de la «Institutio Generalis». Desde el comienzo, es importante que se comprenda que la «Institutio» revisada aparece como una prolongación directa de la Constitución de la Sagrada Liturgia («Sacrosanctum Concilium») del Segundo Concilio Vaticano y de la antigua Instrucción General del Misal Romano de 1975. Al igual que estos dos documentos iniciales, las prescripciones de la nueva «Institutio» se han de ver como maneras concretas de especificar y subrayar la naturaleza y la importancia de la sagrada liturgia en la vida de la Iglesia.

*¿Qué diferencias hay entre la misa del domingo y la misa de cada día?*

P. Flores: Todos los días se celebra la Eucaristía, centro de toda la vida espiritual de la Iglesia entera. De modo especial el domingo es el día de la Eucaristía, la pascua semanal, el día de la Iglesia convocada por el Señor Resucitado. Aunque el domingo sea el día más eucarístico de la semana, cada día se celebra la Eucaristía y se actualiza por lo tanto el misterio pascual de Cristo.

De modo magistral lo ha expresado el Papa Juan Pablo II en el número 12 de la encíclica «Ecclesia de Eucharistia»: «La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos».

El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía «son, pues, un único sacrificio.

Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: “Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana,

sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá”»

*Pero el domingo hay más lecturas, la homilía es obligatoria...*

P. Flores: No hay ninguna diferencia —a nivel sacramental— entre la Eucaristía del domingo y la de cada día. Si bien es cierto que tanto a nivel celebrativo como pastoral, la Eucaristía del domingo es más completa en cuanto a los elementos y a los signos. La liturgia de la Palabra tiene tres lecturas, los días feriales sólo dos.

Es obligatoria la homilía dominical, mientras que sólo aconsejable los días de diario. Se canta el gloria y se recita el Credo o la Profesión de fe.

Sin haber variaciones sustanciales, puesto que en cada Eucaristía se perpetúa el misterio pascual de Cristo, sea dominical o sea diaria, los signos dominicales son más festivos, más completos; sin alterarse en nada la misma celebración, la dominical es más festiva.

*¿Por qué ir a misa los domingos?*

P. Flores: Lo ha dicho admirablemente bien la constitución conciliar de liturgia en su número 106 cuando escribe que: «La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón “día del Señor” o domingo.

En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los “hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Je-sucristo de entre los muertos” Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo.

No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico»

# Cristo se manifiesta en el Año Litúrgico

## Encuentro con Cristo Vivo

### 4ª Conferencia bianual de músicos pastorales hispanos ●Houston, Texas

Hna. Rosa María Icaza, C.C.V.I • Mexican American Cultural Center • San Antonio, Texas

Nuestro Santo Padre Juan Pablo II nos invita, en su exhortación apostólica postsinodal: La Iglesia en América (#12), a tener un “*encuentro personal con Cristo vivo.*” Y nos especifica varios lugares donde Jesús viene a nuestro encuentro si tenemos ojos para verlo:

1º. *En la Sagrada Escritura leída a la luz de la Tradición... profundizada en la meditación y en la oración.*

2º. *En la Sagrada Liturgia...donde palpamos “múltiples presencias de Cristo”* (Vaticano II, SC, #7)

3º. *En los pobres, con quienes Cristo se identifica específicamente.*

En esta conferencia nos hemos concentrado en la Sagrada Liturgia como lugar de “*Encuentro con Cristo vivo.*” Y en este momento queremos fijarnos especialmente en el Año Litúrgico y ver cómo se manifiesta Cristo invitándonos a seguirle en el camino de la conversión personal, de la comunión con nuestros hermanos y de la solidaridad con los pobres y marginados de nuestra sociedad. Como sabemos, tenemos dos calendarios, el civil de enero a diciembre y el litúrgico del primer domingo de Adviento al domingo en que celebramos la Fiesta de Cristo Rey.

Algunas veces tendemos a dividir nuestra vida también así: tiempo para Dios y tiempo para lo material, tiempo sagrado y tiempo profano, pero para el cristiano no debe ser así, el apóstol San Pablo nos exhorta a “orar sin cesar.” (I Tesalonicenses 5,17). Gracias a nuestra religiosidad popular esta división no es tan marcada entre nosotros, los hispanos, puesto que llevamos a casa ese sentido de lo sagrado y formamos nuestra “iglesia doméstica” con el altarcito, con nuestros rezos y bendiciones especiales y con la práctica de las obras de misericordia.

Sin embargo, como todos los seres humanos deseamos recordar de manera especial algunos eventos en nuestra vida: cumpleaños, aniversarios, onomásticos, graduaciones, etc. Por lo tanto es natural que celebremos con agradecimiento y reverencia el nacimiento, la vida, la pasión, la muerte y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Esto es el corazón del Año Litúrgico. “*Las celebraciones de las fiestas en el Año Litúrgico es una forma concreta y pedagógica de celebrar el misterio pascual que tenemos que vivir todos los días*” (Jean Lebon, *Para Vivir la Liturgia*, España: Editorial Verbo Divino, 1986, p. 89).

Nuevamente, para nosotros los hispanos el celebrar conmemorando y/o recordando, los misterios de nuestra salvación es traer de nuevo: “re” al corazón, “*cor, cordis*”= recordar la vida de Jesús lo que implica no sólo pensar sino sentir lo que Jesús hizo y sufrió por nuestra salvación. Pero hay algo más hermoso y grande al conmemorar la vida de Jesús en la liturgia. No simplemente la recordamos como los hechos en el pasado de nuestra propia vida, como algo que nos ha moldeado en lo que somos hoy día, pero que en sí no tienen más fuerza. En la Liturgia en general, y específicamente en el Año Litúrgico, Jesús viene a nuestro encuentro brindándonos su gracia y fuerza

para que podamos seguirle y ser sus fieles discípulos. Leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica:

*La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio (# 1104)*

Cristo se hace presente en “la persona del ministro [*del que preside*]... en las especies eucarísticas...en los sacramentos... en su palabra... en la asamblea reunida. ... En la liturgia los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación de los seres humanos (Sacrosanctum Concilium, Vaticano II, #7). Cristo vivo viene a encontrarse con nosotros. ¿Tenemos los ojos abiertos para verlo? ¿Tenemos el corazón dispuesto para recibirlo? Si estamos conscientes de ese encuentro, no podemos menos que salir a comunicarlo con nuestros hermanos por medio de palabra y ejemplo.

La celebración original de la Iglesia es la del domingo. Es una pascua semanal. La insistencia que muestran los evangelistas en señalar que Jesús resucitado se manifiesta a la Iglesia reunida en asamblea el primer día de la semana demuestra su importancia ampliamente. Es el día que nos reunimos para cumplir lo que Jesús nos pidió “*Hagan esto en memoria mía.*” (Lc 22,19; 1 Cor 11,23-25) Los primeros cristianos consideraban ese encuentro con Cristo en la celebración dominical como algo tan grande que estaban dispuestos a dar su vida y lo veían como parte esencial de ser cristiano: “*Yo celebré devotamente los misterios del Señor, y me junté con mis hermanos, porque soy cristiano.*” (D. Ruiz Bueno, Actas de los Mártires, BAC 75, pp. 975-994: Extracto).

La liturgia continuamente nos llama al arrepentimiento, a la conversión, a vivir un estilo de vida nuevo y diferente. Como hemos dicho, el corazón de la liturgia es el Misterio Pascual: el misterio de la iniciativa de Dios y nuestra res-puesta según se revela en la vida, pasión, muerte, y resurrección del Señor. La renovación litúrgica tuvo el fin de enfocarnos más claramente en el misterio pascual de Cristo como el centro de todo culto litúrgico. Esto no quiere decir que se omitan las celebraciones en honor de los santos, pues con su vida y ejemplo nos muestran la vida de Cristo en ellos y cómo también nosotros po-demos seguir las huellas del Señor.

El Año Litúrgico es la estructura dentro de la cual celebramos los diferentes aspectos del misterio de la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo. La clave para esta estructura es el domingo: *dominum* = Señor; cum = con (*que se convierte en go*): DOMINGO. El día con el Señor. ¿Cuánto tiempo dedicamos a estar con Dios? ¿Vamos a Misa porque es obligación... porque siempre lo hemos hecho? O, porque deseamos estar con nuestro Amigo, nuestro Padre... deseamos adorar a Dios, darle gracias, pedirle su ayuda y pedirle perdón no sólo para y por nosotros mismos sino también para nuestros hermanos y hermanas? ¿Vamos con entusiasmo cada domingo a encontrarnos con Cristo vivo?

De esta experiencia dominical nació el Triduo Sagrado para celebrar con más detalle e intensidad momentos claves en los últimos días de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús. Primero fueron sólo dos días especiales al año; luego fueron tres jueves, viernes y sábado; después de 1955 el Triduo Sagrado se restaura a la forma antigua de contar los días: comienza en la tarde del jueves y termina con las segundas vísperas del domingo de Pascua.

Durante este Triduo Sagrado, particularmente los hispanos, practicamos uno de nuestros valores culturales: acompañar a los que sufren (*llorar con los que lloran,*

*consolar al afligido es una obra de misericordia*) y procuramos estar cerca de Jesús casi constantemente.

El Jueves Santo, además de participar en los oficios litúrgicos: Misa, Procesión y Adoración, llevamos el pan bendito a nuestros hogares para compartirlo con los que por enfermedad u otra razón no pudieron participar en la celebración. Encontramos a Cristo vivo al participar de la Eucaristía y deseamos que nuestros hermanos y hermanas lo encuentren también aunque sólo sea de manera simbólica *“al partir el pan.”*

También tenemos la costumbre de *“la vela del Santísimo”* que se enciende para adornar el altar del repositorio la noche del Jueves Santo y luego se lleva a casa para prenderla antes y durante alguna tempestad. Su luz nos recordará que Jesús, la Luz del mundo, está en medio de nosotros, pero también sirve de algo práctico: cuando se va la luz eléctrica por los truenos y relámpagos, la vela ilumina nuestra oscuridad así como Jesús nos acompaña siempre, y con mayor ternura en momentos difíciles. Lo sagrado y lo práctico se aúnan.

Pero esa noche no podemos irnos a descansar tranquilos en nuestra casa; seguimos viviendo la liturgia, pues tenemos la costumbre de ir a una o más iglesias o altares a pasar unos momentos con Jesús eucarístico. Aunque no muy conocida y menos aún practicada hoy día, la tradición incluye el visitar siete iglesias para acompañar a Jesús en los siete diferentes lugares donde él estuvo esa noche. Durante esas visitas la oración es más bien privada aunque casi siempre vamos acompañados de los miembros de nuestra familia. Empezamos en el Huerto de los Olivos, meditando en la agonía de Jesús y en la traición de Judas. Recordamos cómo apresaron a Jesús y lo llevaron ante Anás que había sido el sumo sacerdote y todavía tenía una gran influencia, sobre su suegro Caifás que era el sumo sacerdote en esos días (San Juan 18, 12-23). Allí Jesús fue interrogado sobre sus discípulos y sobre su enseñanza; fue el lugar donde le dieron una bofetada y Jesús se defendió *“Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?”* (San Juan 18,23). Aquí podemos pensar en todos aquellos que han sufrido un castigo innecesario. Ellos también nos revelan a Jesús vivo. ¿Cómo los juzgamos? ¿Nos atrevemos a imponer la pena de muerte?

Así podemos seguir encontrando y acompañando a Jesús según es llevado de un lugar a otro. Vemos a Jesús en: La segunda visita: cuando *“Anás lo envió a Jesús con las manos atadas a Caifás”* (San Juan 18,24). Allí buscaban ansiosamente una acusación contra Jesús para darle muerte (Mc 14, 53-65). En La tercera visita: *“Los jefes de los sacerdotes y todo el Consejo de Ancianos, el sanedrín, seguían buscando una acusación falsa contra Jesús con intención de darle muerte”* (Mt 26,59-67; Lc 22, 66-71). Se burlaron de Jesús, pero no pudieron condenarlo por ser de noche. En estos momentos también Jesús se nos revela abandonado por sus discípulos y negado por Pedro. (Lc 22, 54-62). En La cuarta visita: Jesús se nos revela digno y seguro de sí mismo aunque cuando amaneció los miembros del Sanedrín lo condenaron por blasfemo al afirmar su identidad y lo llevaron a Pilato (Lc 23, 1-5; Jn 18, 28-40) acusándolo de revolucionario. En La quinta visita: recordamos que Pilato sentía temor ante Jesús y, como Jesús era galileo, aprovechó que Herodes estaba esos días en Jerusalén para enviárselo a que lo juzgara (Lc 23,6-12), pero el tetrarca lo despreció juzgándolo de loco y lo vistió de blanco. En La sexta visita: Vemos a Jesús llevado nuevamente a Pilato quien trataba de salvarlo, pero lo humilló más comparándolo con un reconocido malhechor (Lc 23, 13-25).

¿Qué sentiría Jesús cuando todos a una gritaban ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!?

¿Qué sentirán nuestros hermanos cuando los ignoramos? En La séptima visita: meditamos sobre lo que Jesús padeció en su cuerpo y en su espíritu al verse condenado por afirmar la verdad: el amor incondicional de Dios por cada uno de nosotros. Y así, por último Pilato, después de azotar y ridiculizar a Jesús aun más, lo envía al Calvario donde será crucificado (Jn 19, 1-16).

Después de esta preparación, viviremos el vía crucis el Viernes Santo participando en la liturgia de ese día: *la lectura de la Pasión del Señor, la Oración Universal, la Veneración de la cruz, y terminamos recibiendo la Sagrada Comunión.* Todo esto nos ayuda a encontrar a Cristo vivo mostrándonos el inmenso amor que nos tiene. ¿Cuál es nuestra respuesta ante todos los que sufren por actos de violencia o son víctimas de la injusticia y de rencores?

Una vez más, además de participar en la liturgia del Viernes Santo tenemos, entre los hispanos, tres hermosas costumbres: “*Las Siete Palabras,*” “*Procesión del Santo Entierro,*” y “*El Pésame a María.*” Sentimos la necesidad de vivir la liturgia como lo hacemos con nuestros seres que-ridos. Cuando alguno muere, consideramos sus últimos de-seos como algo muy sagrado. Una y otra vez repetimos las palabras que escuchamos y procuramos hacerlas realidad. Esto es lo que se hace cuando meditamos en las palabras que Jesús dijo las siete veces que habló en el Calvario. El tiempo no nos permite aquí pensar en cada una de ellas, pero todas están tomadas de los Evangelios:

1. “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).
2. “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; Mc 15,34).
3. “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,43)
4. “Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27)
5. “Tengo sed” (Jn 19, 28)
6. “Todo está cumplido” (Jn 19, 30)
7. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46).

¿Qué significan esas palabras para mí? ¿He exclamado algunas veces de esa misma manera? ¿Las he escuchado de algunos de mis hermanos o hermanas ¿Cómo respondo?

Y cuando alguna persona llora la muerte de un ser querido, no podemos dejarla sola o solo. Por eso, seguimos viviendo la liturgia asistiendo a la Procesión del Santo Entierro y al “Pésame” para ofrecerle a María, nuestra Madre, nuestra condolencia y para acompañarla en su dolor. Como acabamos de ver una de las últimas veces que Jesús habló nos dijo, en la persona de San Juan apóstol: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27) Y el evangelio nos dice: “*Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya.*” ¿La hemos recibido a María como nuestra Madre? En algunas traducciones de este pasaje evangélico, sobre todo en inglés, se dice: “*And from that moment the disciple took her to his own home*” “*Y desde ese momento el discípulo se la llevó a su propio hogar*” ¿Tenemos a María en nuestro hogar? ¿Se sentirá ella en casa? Hay un himno sencillo y muy hermoso que dice: “*Mientras recorres la vida, tú nunca solo estás, contigo por el camino, Santa María va.*”

Con frecuencia vamos a María para que interceda por nosotros como lo hizo en las Bodas de Caná (Jn 2, 3). En este día del Viernes Santo, cuando conmemoramos la muerte de su Hijo Jesús, ¿podemos dejarla sola? No hay ninguna ceremonia, oración, himno prescrito para esta celebración. Lo principal es que como asamblea, como miembros de una parroquia, expresemos nuestra compasión no sólo a María, sino a todos nuestros hermanos y hermanas que se sienten solos y abandonados o que acaban

de pasar por la muerte de un ser querido. Jesús vivo se nos revela en ellos y a través de ellos.

El Sábado Santo, antiguamente llamado Sábado de Gloria, es uno de los días que más ha cambiado desde la re-novación litúrgica. Para nosotros, debe ser un día de intensa preparación para la Vigilia Pascual y se nos recomienda el ayuno para acompañar a los catecúmenos y a los candidatos que se preparan a unirse plenamente a nuestra Iglesia Católica. La celebración litúrgica de la Vigilia Pascual contiene muchos símbolos concretos que fácilmente le hablan a nuestro pueblo: fuego, luz, cirio pascual, agua bendita, campanas, flores, etc. Todo lo que simboliza vida nueva.

La celebración litúrgica no se interrumpe, continúa durante todo el domingo, el domingo principal del Año Litúrgico, el Domingo de Pascua.

Aquí, debo mencionar primero una costumbre que existe en algunos países, como en Las Filipinas, que muestra nuevamente el lugar especial que María tiene en nuestra vida y el hecho que la fe está encarnada en la vida humana. Esta costumbre es *“La procesión del santo encuentro.”* Aunque la Biblia no menciona esto, el pueblo piensa que es sentido común que Jesús por su amorosa relación con María, su Madre, fue a ella a quien primero se le apareció resucitado. Generalmente, de una iglesia en el oeste de la ciudad sale una procesión llevando la estatua de María y, al mismo tiempo, de una iglesia del este de la ciudad sale otra procesión llevando la imagen de Jesús resucitado. El santo encuentro tiene lugar en la catedral o iglesia principal en el centro de la ciudad. Todo esto acompañado de cantos, música y colorido. Me dicen que en El Salvador también salen estatuas de santos de varias iglesias para encontrar y felicitar a Jesús resucitado. ¡Todo el cielo y la tierra están de fiesta!

En otras culturas, la celebración de la Pascua incluye otras costumbres pero todas ellas, como el pan recién horneado y el agua “florida” acabada de bendecir, los huevos (*porque el pollito sale del cascarón como Jesús del se-pulcro*), la coneja (*porque es un animal muy fértil simboliza la abundancia de vida que Jesús nos da [Jn 10,10]*), los cascarones, (*que representan todas las gracias que Dios derrama en nosotros cuando el confeti cae en la cabeza de nuestros amigos*), las flores que empiezan a brotar al principio de la primavera y por lo cual se le llama a este domingo “La Pascua Florida” (*debido a esto la península que fue descubierta en abril de 1513 por Juan Ponce de León, se llama Florida*), etc. Todas son símbolos de vida y de alegría. Pues *“vivimos en la vida diaria lo que hemos celebrado en la liturgia”*. El encuentro con Cristo vivo en la celebración litúrgica da sentido y profundidad a toda nuestra vida. (*Aunque debemos observar que estas festividades están marcadas por la primacía que el Hemisferio Norte ha tenido sobre el Hemisferio Sur donde las estaciones del año se invierten*).

Me he detenido mucho en la celebración del Triduo Sagrado, pero como mencionamos anteriormente, es la celebración primordial del Año Litúrgico. En realidad, después de la renovación litúrgica, la Pascua no es sólo una celebración dominical sino que se extiende a los siguientes 50 días terminando con la fiesta de Pentecostés. Esta Cincuentena Pascual se celebraba ya en el siglo segundo. Durante estas semanas los neófitos reciben más instrucción en la fe, para cumplir la misión que Jesús nos dio: *“Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos [ayudándoles a conocer (a encontrar personalmente) a Jesús], y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo [celebrando los Sacramentos en la Vigilia Pascual], enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado [instruyéndoles en las verdades de la fe durante el tiempo de Pascua]”* (Mt 28, 19-20<sup>a</sup>) Eso es lo que hoy día llamamos *mystagogia*, es decir, conocer más profundamente el misterio de la obra salvífica de



Cristo y afirmar nuestro encuentro con Cristo a través de la vivencia de sus enseñanzas. Esa es la verdadera evangelización: Encuentro personal con Cristo vivo, celebración de los sacramentos, catequesis para cumplir la voluntad de Dios.

Más tarde en la historia de la Iglesia, se desarrolló el tiempo de preparación para el Triduo Sagrado, y se estableció la Cuaresma. Tiempo de purificación (*conversión*) y oración. Por lo tanto, continuemos nuestra reflexión sobre el Año Litúrgico fijándonos, al estilo de un flashback (*una escena retrospectiva*), en este tiempo de Cuaresma que inicia hoy para nosotros el Ciclo Pascual.

La Cuaresma empieza el Miércoles de Ceniza y termina en la tarde antes de la celebración de la Cena del Señor el Jueves Santo. Se nos recomienda la práctica del ayuno, la oración y la limosna (*buenas obras u obras de misericordia; tiempo, talento, tesoro*). Durante este tiempo tenemos algunas costumbres como comunidades parroquiales y como cristianos individualmente, por ejemplo: “*los Ejercicios Espirituales*” o “*la Misión*” y *el vía crucis*. La Cuaresma, como todas nuestras celebraciones, incluye lo espiritual y lo humano. Hay ciertos platillos típicos de Cuaresma: sopa de habas, nopalitos, tortas de camarón, capirotada. Todo pensando en prepararnos bien para la celebración de la Pascua en el tiempo y en la eternidad.

Durante este tiempo de preparación cuaresmal, encontramos a Cristo vivo, particularmente en los evangelios de cada domingo: El primer domingo de Cuaresma incluye la proclamación del evangelio que narra las tentaciones de Jesús en el desierto (*Ciclo A: Mateo 4,1-11; ciclo B: Marcos 1,12-15; ciclo C: Lucas 4,1-13*). Lo vemos orando y ayunando; luego, somos testigos de cómo vence tres tentaciones. Es un ser humano como nosotros que necesitamos la oración y la penitencia para triunfar de los atractivos que nos rodean y nos alejan de Dios. Durante el segundo domingo, Cristo se nos revela transfigurado (A: Mateo, B. Marcos, C. Lucas) para ayudarnos a no perder de vista su divinidad.

Los otros domingos cuaresmales nos presentan a Cristo lleno de compasión y misericordia instruyendo a la mujer samaritana, curando al ciego de nacimiento y resucitando a Lázaro durante el ciclo A; reclamando el Templo como casa de Dios, prediciendo su muerte en la cruz para salvarnos y resaltando con la parábola del grano de trigo que si buscamos la vida tenemos que pasar por la muerte, durante el ciclo B; y buscando nuestra conversión como en la higuera, dándonos el ejemplo con la hermosa parábola del Hijo Pródigo y con el generoso perdón de la Mujer Adúltera, durante el ciclo C. ¡Cuántas lecciones y ejemplos nos da Jesús que, con su gracia, están a nuestro alcance cuando lo encontramos vivo en nuestros hermanos y hermanas! Siempre debemos preguntarnos en nuestra vida: En esta situación ¿qué haría, qué diría Jesús? Necesitamos vivir lo que hemos celebrado en la liturgia, pues al final de cada Liturgia Eucarística, se nos envía a proclamar la Buena Nueva.

El sexto domingo de Cuaresma es el que acostumbramos llamar “*Domingo de Ramos*” o “*Domingo de Palmas*.” En ese domingo reflexionamos sobre la Pasión de Cristo: ciclo A según san Mateo, ciclo B según san Marcos y Ciclo C según san Lucas. Es la preparación inmediata para el Triduo Sagrado y es una fuente de meditación sobre el amor inmenso de Jesús por cada uno de nosotros. Si estamos conscientes de Cristo presente en nuestras celebraciones litúrgicas no podemos menos que seguir su ejemplo en nuestra vida diaria.

Así vemos como esta larga preparación nos ayuda a celebrar con más profundidad el gran misterio de la salvación y a conocer más íntimamente nuestro Salvador. El orden cronológico del Ciclo Pascual: Cuaresma (*del Miércoles de Ceniza al principio de la “Semana Santa”*), el Triduo Sagrado (*de la tarde del Jueves al Domingo de Pascua*),

y la Cincuentena Pascual (*los cincuenta días siguientes terminando con el Domingo de Pentecostés*).

Después del Ciclo Pascual que acabamos de considerar, tiene gran importancia en la vida de los fieles el Ciclo Navideño que nos presenta el nacimiento, la infancia y la adolescencia / madurez de Jesús antes de comenzar su vida pública.

Así como el tiempo de Cuaresma se desarrolló algunos años después de haber celebrado el Triduo Sagrado y como preparación para esos días cumbres del Año Litúrgico, el tiempo de Adviento como preparación para la Navidad empezó varios años después de fijar la fiesta de Navidad el 25 de diciembre.. Consideremos brevemente aquí el Ciclo Navideño en orden cronológico:

**Adviento** – Este tiempo litúrgico tiene dos partes: del domingo más cerca al 30 de noviembre hasta el 16 de diciembre; es un tiempo de expectativa piadosa y alegre. La segunda parte es la más antigua: del 17 al 23 de diciembre, cuando se nos presenta a Cristo a través de las “Antífonas de la O”. [*“Oh Sabiduría (17), Oh Pastor de la Casa de Israel (18), Oh Renuevo del tronco de Jesé (19), Oh Llave de David (20), Oh Sol que naces de lo alto (21), Oh Rey de las naciones (22), Oh Emmanuel (23)*]. Son símbolos tomados de las Escrituras Hebreas y que nos describen diferentes características de Jesús. La primera parte de Adviento refleja la preparación necesaria para las varias venidas de Jesús: en Belén, en nuestra vida, y al fin del mundo. Como todas las fiestas litúrgicas, el Adviento celebra las tres dimensiones del tiempo: *ayer, hoy y mañana*.

Por varios años y más en algunos países que en otros, el Adviento se consideró como una réplica de la Cuaresma: preparación, penitencia, color morado, domingo “*gaudete*” como el “*laetare*” en Cuaresma, etc. Sin embargo, vemos que en las Normas Universales sobre el Año Litúrgico y sobre el Calendario, el Adviento debe ser, como acabamos de decir, “*un tiempo de expectativa piadosa y alegre*” (# 39). Es una preparación gozosa esperando la venida de un ser querido; esta preparación puede incluir algunas privaciones, pero todas hechas con espíritu de esperanza y alegría.

Durante este tiempo de preparación, la liturgia nos ofrece dos fiestas marianas principales: la Solemnidad de la In-maculada Concepción (*8 de diciembre*) y la Fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe (*12 de diciembre*). Ambos días nos presentan a María ayudándonos a preparar para la venida de Jesús a nosotros. Al definir el dogma de la Inmaculada Concepción, en 1854, el Papa Pío IX afirmó que María fue preservada de todo pecado en preparación para ser Madre de Dios. Algunos países han tomado este nombre de María como su patrona, incluyendo los Estados Unidos y Nicaragua. Y también Su Santidad Juan Pablo II, de santa memoria, confirmó que María, bajo el título de Guadalupe como “*Reina de toda América*” (*La Iglesia en América, # 11*). ¿Quién mejor que la Madre de Jesús puede ayudarnos a preparar para la Navidad?

Mucho se puede decir sobre esta advocación de María de Guadalupe: lo que ella significa para nosotros, los símbolos que rodean su imagen y los que se encuentran en la narración de las apariciones, los símbolos que usamos para celebrar su día, etc. En esta conferencia lo más importante es constatar la importancia que los Obispos de Estados Unidos le han dado al elevar el 12 de diciembre al rango de Fiesta litúrgica. Fácilmente se pueden combinar los temas y símbolos guadalupanos con los de Adviento aún cuando el 12 de diciembre cae en domingo. Estas fiestas afirman lo que leemos en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia (*Vaticano II, # 103*):

En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida

con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención, y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser.

Nuestro calendario litúrgico popular ha preservado en Ad-viento una de las costumbres de la primera evangelización en este continente americano: *Las Posadas*. Es la forma de celebrar la novena antes de Navidad. Se basa en el evangelio según San Lucas 2, 1-7: María y José tuvieron que ir de Nazaret a Belén donde María “*dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada*” (2,7). Así, acompañamos a María y José en su peregrinación y experimentamos aunque de una manera limitada lo que es el rechazo y la inhospitalidad. Ahora, en siglo XXI, este pasaje nos debe cuestionar fuertemente: ¿cómo recibimos al extranjero entre nosotros? Recordemos que Jesús nos dice, “*lo que hagan con el más pequeño de mis hermanos conmigo lo hacen*” (Mt 25, 40).

Luego, al recibir una acogedora bienvenida, celebramos con cantos, juegos y la famosa piñata, símbolo de nuestra lucha contra el maligno y del gozo de la comunidad cuando re-cobra su amistad con Cristo recibéndolo a Él con todos sus dones, simbolizados en las cosas sabrosas que caen al romper la piñata, al vencer el mal.

La Navidad – Se celebra el 25 de diciembre pero comenzando con la Misa de media noche. La liturgia de Navidad se enfoca en las manifestaciones de Jesús:

1.a *los pobres y sencillos* – María, José, los pastores – y se revela como humano y débil;

2.a *los ricos generosos y a todos los que buscan a Cristo* – los Reyes Magos – como un ser humano reconocido por toda la creación (*estrella, toda nación*)

3.a *todos los que necesitan de su poder divino y compasión* – en su Bautismo y en las Bodas de Caná.

En realidad, la celebración de la Epifanía, que significa “*manifestación*” es más antigua que la del 24-25 de diciembre y más solemne que la noche de Navidad en el Oriente. En el Oeste, particularmente en el hemisferio norte y especialmente en Roma, se reemplazó la celebración del nacimiento del sol (*n-talis solis invicti*) en el solsticio de invierno, por el Nacimiento del Sol de Justicia, Jesús. Existen documentos que marcan esta celebración en el año 354 (*Lizette Larson-Miller. “Christmas Season” in Peter Fink, SJ, ed. The New Dictionary of Sacramental Worship. Collegeville, MN: The Liturgical Press, 1990. pp. 204-210.*)

La costumbre de tener tres celebraciones eucarísticas para esta solemnidad litúrgica data de los siglos cinco y seis particularmente en Roma. Primero fue la celebración en San Pedro el día de Navidad cuando se leía el prólogo del Evangelio de San Juan. Luego, se edificó un oratorio cerca de la iglesia de Santa María donde se honraba una re-presentación del pueblito de Belén (“*un Nacimiento*”) y se añadió allí la Misa nocturna. La Misa de la Aurora comenzó en la Iglesia de Santa Anastasia, el centro de la presencia bizantina en Roma y era también presidida por el Papa como obispo de Roma. El emperador Carlomagno, en el siglo nueve, hizo de estas tres celebraciones la norma en todos sus dominios.

En estas celebraciones navideñas, Jesús se nos revela como un bebé pobre, amado, admirado, pero perseguido, migrante, desconocido. Nuestro pueblo hispano ha tomado la Encarnación de Jesús seriamente y por lo tanto celebra a Jesús como a un niño de nuestra familia con “*El Nacimiento*” (*una escena sencilla, o el pueblito de Belén, o desde la Creación*), “*La Acostada del Niño incluyen-do el Arrullo*” (24 de diciembre), “*La Adoración del Niño*” (25 de diciembre), y “*La Levantada del Niño*” (2 de febrero). Existen las Pastorelas como otro medio de evangelización para

conocer más profundamente a Jesús. Hay, en realidad, numerosas otras celebraciones con el pueblo que ayudan a vivir lo que hemos celebrado, pero que el tiempo no me permite desarrollarlas aquí.

Es interesante ver que en el Año Litúrgico se incluyen después de la Navidad y dentro de la Octava misma algunas fiestas del Ciclo Santoral, celebrando la vida y muerte de algunos santos y de María: San Esteban, protomártir (*26 de diciembre*), San Juan apóstol y evangelista (*el 27*), Los Santos Inocentes (*el 28*), Santo Tomás Becket (*el 29*), La Sagrada Familia (*el 30 o el domingo dentro de la octava de Navidad*), San Silvestre I, Papa (*el 31*) y el 1º de enero, que es el último día de la octava de Navidad, la liturgia celebra la Solemnidad de la Virgen María, Madre de Dios. La Iglesia nos muestra con esto que podemos encontrar a Cristo vivo en los seguidores de Jesús. Los Santos no nos distraen de Jesús ni del Misterio Pascual que es el corazón de toda liturgia sino que revelan a Cristo en los seres humanos del pasado y de nuestros días. El tiempo de Navidad se extiende con espíritu de alegría y agradecimiento incluyendo la gran solemnidad de Epifanía, para la cual también tenemos costumbres culturales que nos hacen vivir estas fiestas plenamente como la venida de los reyes magos con regalos para los niños y la rosca de reyes. Y termina con la manifestación de Jesús como la segunda persona de la Santísima Trinidad durante su Bautismo en el Jordán. Allí da comienzo su vida pública.

Las palabras y los hechos de Jesús durante los tres años de su vida pública se celebran durante los meses que se encuentran entre los dos grandes ciclos en los que acabamos de reflexionar. Cristo quiere que vayamos a su encuentro para mostrarnos cómo podemos ser sus discípulos.

El resto del Año Litúrgico se llama “Tiempo Ordinario” no porque no sean importantes las maneras como Cristo vivo se revela y nos llama, sino porque los domingos no tienen nombre propio sino simplemente se les denomina en orden por número y usando la forma “ordinal” para nombrarlos: domingo sexto, domingo décimo, domingo trigésimo cuarto. Varias fiestas en honor de Jesús, de María, y de los santos se incluyen en estas semanas y meses. Las oraciones para esos días se encuentran en el Santoral, piden la intercesión de los santos como amigos y seguidores de Jesús. Leemos en la Constitución sobre la sagrada liturgia: *La Iglesia introdujo en el círculo anual el recuerdo de los mártires y de los demás santos... Al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en ellos, que sufrieron y fueron glorificados con Cristo, propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre, y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos (# 104).*

La lista de los santos que se celebran dentro del Año Litúrgico ha cambiado a través de los siglos. Es natural que la Iglesia honre especialmente a los apóstoles y mártires que vivieron más cerca del tiempo en que Jesús vivió en la tierra y luego añada aquellos santos que están más cerca de nuestro tiempo y de nuestra cultura. Por eso se suprimieron algunas fiestas en la renovación litúrgica y se dejó flexibilidad para tener diferentes celebraciones dentro de comunidades particulares como son diócesis, congregaciones religiosas, parroquias, países, etc. (véase Normas Universales..., # 49-55)

Entre los hispanos celebramos a algunos santos con especialidad como: San Juan Diego, Santa Rosa de Lima, San Martín de Porres, San Martín Caballero (de Tours), San Judas. Los sentimos más cerca por ser de este continente o porque nos ayudan en nuestras dificultades intercediendo por nosotros.

El Año Litúrgico es una fuente inagotable a través del cual Cristo se manifiesta vivo en innumerables situaciones pues como se dice: la liturgia es una constante *anamnesis* porque no es simple un recuerdo, una memoria, sino que “*hace presente a una persona del pasado.*” El misterio pascual es único y no se repite, lo que se repite son las celebraciones. El Año Litúrgico es un llamado constante que recibimos para estar alertas y con el corazón dispuesto cuando Cristo vivo viene a encontrarse con nosotros. Estos encuentros avivan nuestra fe y nos conducen a la conversión personal pues conocemos con más profundidad a Jesús, nos enamoramos más intensamente de él, y nos incita a formar comunidad con nuestros hermanos y hermanas para que así todos juntos podamos estar en solidaridad con Cristo que sufre entre los más pobres y marginados.

No hay duda, Cristo se manifiesta vivo en el Año Litúrgico. ¿Tenemos los ojos abiertos y el corazón dispuesto para recibirlo? Si vivimos “*consciente, plena y activamente*” el Año Litúrgico y todo lo que implica, podremos celebrar con gran gozo y entusiasmo la fiesta que clausura cada Año Litúrgico: la fiesta de Cristo Rey proclamándolo Rey no sólo de nuestro corazón y de nuestro hogar, sino de todo el mundo.

Cantemos:

*Que viva mi Cristo, que viva mi Rey,  
Que impere doquiera triunfante su ley.  
¡Viva Cristo Rey! ¡Viva!  
¡Viva Cristo Rey!*

## Pope Benedict XVI on Sunday Celebration of the Eucharist

On August 18, 2005, Pope Benedict XVI celebrated the Eucharist at Marienfield in Cologne, Germany, for those gathered for the twentieth celebration of world Youth Day. In the course of his homily, the Holy Father reflected on the role Sunday Mass in the life of the Church. The following excerpt is provided for the information of our readers.

Let us return once more to the Last Supper. The new element to emerge here was the deeper meaning given to Israel's ancient prayer of blessing, which from that point on became the word of transformation, enabling us to participate in the "hour" of Christ. Jesus did not instruct us to repeat the Passover meal, which in any event, given that it is an anniversary, is not repeatable at will. He instructed us to enter into his "hour".

We enter into it through the sacred power of the words of consecration – a transformation brought about through the prayer of praise which places us in continuity with Israel and the whole of salvation history, and at the same time ushers in the new, to which the older prayer at its deepest level was pointing.

The new prayer – which the Church calls the "Eucharistic Prayer" – brings the Eucharist into being. It is the word of power which transforms the gifts of the earth in an entirely new way into God's gift of himself, and it draws us into this process of transformation.

That is why we call this action "Eucharist", which is translation of the Hebrew word *beracha* – thanksgiving, praise, blessing, and a transformation worked by the Lord: the presence of his "hour". Jesus' hour is the hour in which love triumphs. In other words: it is God who has triumphed, because he is Love.

Jesus' hour seeks to become our own hour and will indeed become so if we allow ourselves, through the celebration of the Eucharist, to be drawn into that process of transformation that the Lord intends to bring about. The Eucharist must become the center of our lives.

If the Church tells us that the Eucharist is an essential part of Sunday, this is no mere positivism or thirst for power. On Easter morning, first the women and then the disciples had the grace of seeing the Lord. From that moment on, they knew that the first day of the week, Sunday, would be his day, the day of Christ the Lord. The day when creation began because the day when creation was renewed. Creation and redemption belong together. That is why Sunday is so important.

Is good that today, in many cultures, Sunday, is a free day, and is often combined with Saturday so as to constitute a "Weed-end" of free time. Yet this free time is empty if God is not present.

Dear friends! Sometimes, our initial impression is that having to include time for Mass on Sunday is rather inconvenient. But if you make the effort, you will realize that this is what gives a proper focus to your free time. Do not be deterred from taking part in Sunday Mass, and help other to discover it too.

This is because the Eucharist releases the joy that we need so much, and we must learn to grasp it ever more deeply, we must learn to love it. Let us pledge ourselves to this – it is worth the effort!

Let us discover the intimate riches of the Church's liturgy and its true greatness: it is not we who are celebrating for ourselves, but is the living God himself who is preparing a banquet for us.

## ACHTUS AWARD

*The Academy of Catholic Hispanic Theologians of the United States (ACHTUS)* at the Banquet of their June 7<sup>th</sup> 2005, gathering in St. Louis, Missouri, recognized and presented the **2005 ACHTUS AWARD** to the *Instituto Nacional Hispano de Liturgia*.

This award is presented to worthy organizations and institutions that merit recognition for their excellent work in the service and promotion of U.S. Latinos/as in accordance to the Mission of ACHTUS.

Over the course of the last 26 years the Instituto has fulfilled its mission by supporting the inculturation of the liturgy of the Catholic Church in the Hispanic multicultural community of the United States.

It has promoted the development of a liturgical spirituality among Hispanics that reflects the “full, conscious and active participation” called for by *Sacrosanctum Concilium no. 14*.

In addition, the Instituto has assisted the Bishops of the United States over the years, at first, functioning as a quasi-subcommittee of the Bishops’ Committee on the Liturgy.

Since then, some of its members have served on the official Bishops’ Subcommittee for Liturgy in Spanish charged with the task of translating, preparing and publishing liturgical books and rituals for the celebration of the sacraments in Spanish in the United States.

Through the efforts of the Instituto, the Bishops have recently approved a liturgical rite for the celebration of the *Quince Años* in the United States.